

Publicada en Revista de economía y estadística, 53, 1, 2015.

653

ENTREVISTA A

FERNANDO HEBERTO NAVAJAS

REALIZADA POR

JUAN CARLOS DE PABLO

Nació en La Plata, el 21 de enero de 1955. Se recibió de licenciado en economía en la Universidad Nacional de La Plata, en 1978, completando sus estudios en Oxford, Inglaterra, donde se doctoró en 1985. Desde noviembre de 2016 preside la Asociación Argentina de Economía Política (AAEP).

Profesor en las universidades Nacional de La Plata y de Buenos Aires, entre 1986 y 1994 trabajó en la oficina de Buenos Aires de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), y a partir de 1994 en la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL). Es miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas.

Está casado con la econometrista Hildegart Ahumada. Tienen 3 hijos, 2 de los cuales no son economistas. Su CV completo se puede consultar en <http://www.fundacionkonex.org/b4878-fernando-navajas>

La conversación tuvo lugar en Buenos Aires, el 5 de setiembre de 2016.

Según tu CV, naciste en la ciudad de La Plata. ¿Por qué te asoció siempre con Bolivia?

Porque mi familia paterna, estimo que desde 1815, está radicada en Bolivia¹. En la ciudad de Tarija, ubicada a 180 kilómetros de la frontera. Una parte de mis antecesores muy seguramente estuvieron involucrados en el movimiento que en 1829 decidió pasar de Argentina a Bolivia. Porque recordemos que los representantes del Alto Perú (Charcas y Chichas) asistieron al Congreso de Tucumán [de 1816].

Tu papá, entonces, es boliviano. ¿Qué estaba haciendo en La Plata?

En 1941, cuando tenía 18 años, fue a estudiar medicina a La Plata, con la idea de eventualmente radicarse allí. Y eso fue lo que hizo.

¿Tu mamá tiene alguna relación con Bolivia?

Ninguna. Ella es platense, hija de un italiano que llegó a La Plata a fines del siglo XIX.

Dame alguna referencia del nivel de vida de tu familia.

Familia de clase media, mi papá era un exitoso médico de La Plata.

¿Tenían auto, por ejemplo?

Sí, por supuesto.

Cómo por supuesto, en esa época muy poca gente tenía auto.

Entiendo lo que decís. El es una persona hecha a sí misma, que venía de una familia pudiente pero que hizo su dinero trabajando. Debe haber comprado su primer auto a los treinta y pico de años, una estanciera que utilizábamos para hacer turismo de aventura, por el norte de Argentina y también para ir a Bolivia.

En muy poco tiempo pasamos de vivir todos apretados en una casita, a tener una casa en una esquina, cerca del Hospital Italiano, donde ejercía su profesión. Le fue muy bien con la profesión. Eramos 4 hermanos. Arquitecta la primera, médica la segunda, yo soy el tercero. El cuarto intentó ingresar a la Fuerza Aérea, cursó durante 3 años la carrera de contador y luego trabajó como administrativo.

Entonces sos platense “de la primera hora”. ¿Qué recordás de tu educación pre universitaria?

La formación que recibí en la escuela secundaria (Colegio Nacional R. Hernández) fue fundamental para mí. Ahí se me despertó el gusto por las matemáticas, la filosofía y la combinación entre las ciencias sociales. El Colegio tenía un gabinete de física y química muy bueno, que fue decisivo para mí. Yo dudé entre estudiar física o alguna otra cosa, y terminé estudiando economía.

¹ La historia económica de mi familia paterna boliviana (mi abuelo, bisabuelo y tatarabuelo Navajas) aparece contada en Conti V. y Langer, E. (1991): “Circuitos comerciales tradicionales y cambio económico en los Andes Centromeridionales (1830-1930)”, *Desarrollo económico*, 31, abril-junio.

Estudiaste la licenciatura en economía en la UNLP. ¿En qué año ingresaste?

En el terrible 1974, porque cerraron la facultad, y egresé 5 años después. Hice la carrera como un reloj, como lo mandaba el programa.

1974 quiere decir pleno “reinado” de Horacio Nuñez Miñana y Héctor Luis Diéguez, el binomio que a mediados de la década de 1960 lideró allí la transformación de la enseñanza de la economía. Toquemos madera, porque la de la UNLP continúa siendo una de las mejores escuelas de economía del país. ¿Qué recuerdos tenés de ellos?

Los mejores. Allí descubrí aquello de que el pobre profesor de la escuela secundaria es aquel tipo al cual no te querés parecer, y el profesor de la universidad es aquel tipo al cual te querés parecer. Desde el comienzo mismo de mis estudios universitarios sentí el deseo de parecerme a ellos, como personas y como profesionales.

Yo ya estaba decidido a estudiar economía, no tuve un ingreso dudoso. Es más, tenía totalmente claro mi deseo de irme luego a estudiar al exterior; pero para mí ellos fueron un elemento decisivo.

Además de Horacio y Héctor, ¿quiénes fueron “ellos”?

Alberto Porto es el más importante, es mi “papá” en microeconomía. Todo fue muy monótono en primer y segundo años, pero entre segundo y tercer años se produjo la metamorfosis de mi vida. Primero, porque ahí comencé a sentirle el gusto a la economía, de la mano de Elías Salama, quien tuvo gran efecto sobre mi persona, me enseñó macroeconomía, y de Porto, mi profesor de microeconomía. Además de lo cual estudié matemáticas para economistas con un profesor traído especialmente para dictar la materia, el viejo [Fausto Ismael] Toranzos, con Juana Z. Brufman de adjunta. Ese año fue explosivo para mí.

En realidad comenzó el año anterior, porque en segundo año había decidido recuperar las 4 materias que no había podido rendir en el primero, porque se había cerrado la facultad, las 6 de segundo y rendir 2 o 3 de tercero, de manera que en total rendí alrededor de 12 materias.

Mencionaste que 1974 fue un año terrible, pero parecería que ello no impactó sobre cómo se enseñaba y aprendía en las aulas. ¿Cómo hicieron las autoridades de la facultad, para aislarse de un contexto tan dramático?

No había forma de aislarse. El lío se había metido dentro de la facultad, y después fue todavía peor, porque luego del golpe de 1976 La Plata sufrió consecuencias muy duras en materia de pérdida de estudiantes. Hubo 2 momentos terribles en mi carrera que estuvieron signados por el “ruido” de afuera. El primero fue hasta mediados o fines de 1977, y el segundo fue en 1982, cuando estaba estudiando en Oxford.

Te recibiste el 20 de diciembre de 1978. ¡Qué fecha!, porque ese día se lanzó el programa antiinflacionario basado en la denominada “tablita cambiaria”.

Días después de recibido fui al Consejo Profesional de Ciencias Económicas, a escuchar una conferencia sobre este programa económico, dictada por... Juan Carlos de Pablo. La tengo muy presente, a pesar del tiempo transcurrido.

¿Por qué?

Vos tuviste 2 efectos sobre mi formación. Uno, cuando llegaste a la facultad, con Raúl Ernesto Cuello y Cayetano Licciardo, y hablaste en el anfiteatro. Eso habrá sido en 1975. Yo te conocía de hojear *Económica*, la revista técnica que edita la UNLP, sobre todo tus trabajos sobre comercio internacional; y el otro en la conferencia de 1978.

Lo que más me gusta de las exposiciones de los economistas aplicados, son las notas de cautela.

¿Qué pasó entre el momento en que te recibiste en La Plata y 1981, cuando te fuiste a Oxford?

Un milagro. La Plata tenía la excelente y extraordinaria costumbre, originada en Diéguez, Nuñez Miñana y Porto, de que el seminario de graduación debía ser dictado por algún profesor de Buenos Aires. En 1978, cuando me tocó cursarlo a mí, el seminario fue dictado por Jorge Katz. Yo le presenté un trabajo en diciembre, y en marzo de 1979 estaba trabajando como su asistente, en la oficina de Buenos Aires de la CEPAL.

Mi primera monografía la escribí con él. Yo venía trabajando mucho sobre funciones de producción, tema que siempre me gustó y que me parece que no está totalmente investigado en Argentina. Jorge, a su vez, había hecho la tesis con John Richard Hicks en teoría de la producción. Trabajé tratando de estimar econométricamente una función de producción del sector metalmeccánico, aprendí muchísimo con él. Jorge fue mi mentor para los estudios de posgrado, él me hizo entrar a Oxford.

El lugar “natural” para los egresados de La Plata era la división de análisis fiscal de la secretaría de Hacienda de la Nación, que en ese momento dirigía Mario Teijeiro, y yo fui un alumno destacado de él. Me invitó a trabajar con él, y al mismo tiempo encarar mis estudios de posgrado en Estados Unidos. Ese año se estaba yendo a Chicago Ricardo López Murphy, quien había sido profesor mío, adjunto en la célebre cátedra de Adolfo Sturzenegger, sobre Desarrollo Económico.

Pero yo decidí ir para otro lado, porque verdaderamente Jorge a mí me cautivó con la teoría de la producción y del cambio tecnológico, y como yo venía de microeconomía terminé trabajando en la CEPAL. Donde estaba el grupo liberado por Alberto Fracchia, donde también trabajaba Daniel Heymann con quienes iba a terminar trabajando a mi regreso de Oxford, en una gran etapa de mi carrera. Conocí un grupo de economistas distinto, entre los cuales recuerdo particularmente a Juan Vital Sourrouille y a Adolfo Canitrot. Y a Beni Kosakoff y el grupo que hacía industria.

Dijiste que apenas naciste te bautizaron y ya habías decidido ser economista y encima estudiar en el exterior.

Recién a los 19 años tuve todo claro. Yo estaba entre estudiar física o filosofía. Economía me daba vueltas. Yo tenía un tío, hermano de mi papá, Hugo Navajas Mogro, también boliviano obviamente. Tanto mi papá como sus hermanos habían ido al exterior a estudiar. Mi tío había ido a Estados Unidos, y era un funcionario de alto rango en las Naciones Unidas, en Nueva York. Había estado en Argentina, era fanático de River, me llevaba a la cancha, y en 1973 me dijo: “si querés dar un salto, hacé *economics*”. Era lógico, era 1973 y venía de Estados Unidos; el prestigio que entonces tenía la carrera allí era monstruoso. Esto es así, vos tenés que hacer tu carrera de economista, luego ingresar a Harvard y convertirte en un profesional extraordinario. De manera que el culpable es él.

Hildegart Ahumada entra en tu vida, ¿antes o después de Oxford?

Entra en el momento en que yo pisé la facultad de ciencias económicas de la UNLP, el 21 de setiembre de 1974. En cada curso era el primero que rendía los exámenes, y muchos me venían a ver cómo me iba a mí. Hildegart fue una de ellas, se me presentó y en marzo de 1975 ya éramos novios.

Te dijo “soy Hildegart Ahumada y me voy a casar con vos”

No, no. Quien estaba convencido del casamiento más bien era yo. Me fui a Oxford el primer año solo, porque yo había conseguido la admisión pero ella no, de manera que tenía que esperar que saliera la famosa beca del Banco Central. Durante el primer año ella me fue a visitar un mes, volvió a Argentina al terminar el primer año y a partir del segundo año volvimos a Inglaterra, casados.

Hablemos de cómo se enseñaba economía en Estados Unidos y en Inglaterra. En Estados Unidos sobre la base de clases magistrales y tutoriales, en Inglaterra en una relación mucho más estrecha entre cada tutor y su alumno. Yo estudié en Estados Unidos. ¿Cómo funcionaba el sistema en Inglaterra?

El sistema de Oxford y Cambridge es un sistema tutorial, y cuando llegué a Oxford estaba todavía intacto. Ahora ya no existe más. En aquel momento era hombre a hombre, ahora tu tutor es tutor de 3 o 4 personas. Mi tutor fue alguien que luego fue uno de los grandes profesores de finanzas, Colin P. Mayer. Acababa de terminar su doctorado en Estados Unidos, habiendo antes estudiado en Oxford, y me pasó lo mejor que le puede pasar a cualquiera que ingresa en el sistema tutorial, que también le pasó a Hildegart: ser el primer alumno de posgrado de un nuevo profesor. Porque te trataban como a la primera novia.

El era muy bueno en micro, y yo también. Entonces me dijo: “evaluaremos el período sobre la base de ensayos, de los cuales vos vas a escribir 12 hasta fin de año”. Un ensayo cada semana, más allá del fin del trimestre. Fue la batalla más dura que tuve en mi vida. El sistema tutorial no es un sistema coloquial, sino que vos presentás un escrito y tu tutor, a lo largo de 40 minutos, se dedica a destruirlo y vos te tenés que defender.

Lo que recuerdo de Harvard es que los profesores mucha bolilla no nos daban, de repente era parte del aprendizaje. En Inglaterra tu tutor estaba con vos, por lo menos durante 40 minutos.

Vos tenías 2 personas. El *advisor* (asesor), quien te atendía durante 40 minutos cuando llegabas a la Universidad y después en principio no te veía más. El mío fue Amartya Sen. Fue la primera persona que vi cuando llegué a Oxford. A tomar té con él en All Souls College. Después nos juntamos 2 o 3 veces, yo asistía a sus cursos, pero también poca bolilla.

El tutor, por el contrario, es el encargado de encauzar tu proceso, y de vigilar que tus cosas vayan bien. En paralelo con el trabajo tutorial tenés que asistir a los cursos.

En los cursos, ¿tenés que rendir examen?

No. El sistema de Oxford es como el de los estudios de no graduado. Vos tenías que rendir todos los exámenes al final de los 2 años, si seguías estudios de master. Antes de lo cual tenías que rendir exámenes preliminares (matemáticas y econometría), al final del primer año. Luego tenías que pasar los exámenes generales de micro y macroeconomía, y 3 campos especializados (en mi caso, economía industrial, economía pública y econometría aplicada); uno de los cuales lo podías dar de baja si escribías una tesis de maestría, cosa que yo hice.

¿Cómo terminaba todo? En Harvard, rindiendo los temibles exámenes generales. En Inglaterra, ¿cuándo te dicen “ya está, joven”?

Al final del segundo año te dicen: “andate a tu casa” o “aprobaste”. Ese es el momento de la verdad. El próximo paso es el del doctorado. Si en el programa de máster te fue bien, y dado que es un máster de 2 años con investigación y tesis formal, el proceso es rápido, como fue en mi caso. Completé la tesis de doctorado en menos de un año y medio, porque ya tenía un capítulo de la tesis aceptado, y ya me había hecho medio popular, dentro del departamento de economía, en parte gracias al conflicto Malvinas.

¿Qué tiene que ver Malvinas con tus estudios en Oxford?

En Oxford, yo vivía el primer año dentro de mi colegio (St. Antony's). El viernes 2 de abril de 1982 terminé de cenar, como todos los días, y me fui a mi cuarto. Tenía un televisor prestado, que me lo había dejado un amigo que se había ido de vacaciones; paré de estudiar un momento y lo prendí para ver –como todas las noches- el noticioso de las 9 de la noche. Ahí ví flamear la bandera nacional, antes de que apareciera el titular “los argentinos han invadido las Falklands” y dije ¡pobre [Leopoldo Fortunato] Galteiri!, ya lo sacaron a [Roberto Eduardo] Viola y ahora lo van a sacar a él. Fue obviamente un momento de shock, no había ningún método rápido de comunicación. No hablé con nadie, y el fin de semana hablé con mi familia.

Una de las cosas que me preocupaba tremendamente era lo que habría de ocurrir con una parte importante del dinero que yo tenía depositado en el banco, un Barclays a media cuadra del colegio, porque me enviaban fondos por la beca que yo tenía, financiada por la Bolsa de Comercio de Buenos Aires.

Mi cabeza comenzó a trabajar. Traté de sacar algo de dinero, durante el fin de semana, utilizando el cajero automático, pero obviamente no era suficiente. A las 9 de la mañana del lunes 5, ni bien se abrió la puerta del banco, fui derecho a la caja y saqué todo el dinero que tenía, que eran como 3.000 libras esterlinas. Mucho dinero, casi la mitad del costo de una

matrícula. A eso de las 11 de la mañana me enteré que había llegado la orden del Banco de Inglaterra de congelar todas las cuentas de los argentinos.

Obviamente que durante ese tiempo viví sin la cuenta del banco, pero lo interesante fue la reacción del gerente de la sucursal del Barclays. Luego del evento me terminé quedando en Inglaterra, entre otras cosas porque recibí un gran apoyo del departamento para que me quedara. Yo podría haberme ido a Estados Unidos, porque tenía la admisión en la Universidad de California, Los Angeles (UCLA). Le escribí a Heymann, quien habló con [Axel Stig Bengt] Leijonhufvud, y además tenía visa para ingresar a Estados Unidos, por lo que me dijeron: “venite, ya. La UCLA te toma así como estás”. Pero Oxford, con [James Alexander] Mirrlees a la cabeza, me dijo: “vos no te vas a ningún lado, vos sos alumno nuestro, te quedás acá”.

Volviendo. Cuando pasó todo recibí una carta del gerente del banco, para que fuera a charlar. Me imaginaba que era para reabrir la cuenta. Era para eso, pero también quería hablar conmigo porque “cuando llegó la orden de congelar las cuentas de los argentinos nos preguntamos si teníamos alguno, encontramos la suya pero también nos encontramos que había retirado todo el dinero un par de horas antes (risas). Por lo cual quería preguntarle ¿cómo hizo?” Le respondí que si disponía de 10 minutos le podía dictar una clase referida a cómo reaccionábamos los argentinos frente a las crisis macroeconómicas. Estaba muy de moda entonces una canción de Eric Clapton que se llamaba *Catch me if you can, I won't be easy to find* (agarrame si podés, no será fácil localizarme). El tipo se mataba de risa, mientras yo le decía que nosotros reaccionamos así, en lo primero que pensamos es en cómo resguardamos los ahorros personales.

Terminada la porción formal de tu proceso educativo, se destaca en tu CV tu labor como profesor. Por ejemplo, en La Plata.

En La Plata, siempre. Enseño microeconomía, porque vengo del tronco de la micro, hice toda la carrera, comenzando como ayudante alumno, de micro 2, por lo cual cuando la secuencia de la microeconomía se abre en La Plata, a mediados de la década de 1990, me convierto en el primer profesor de economía de la empresa y organización industrial.

¿Qué es, concretamente, organización industrial?

Es un viejo y amplio campo de estudio, dentro de la economía industrial. Que desde la década de 1950, en Estados Unidos, se nutrió a partir de un paradigma conocido como el paradigma “estructura-conducta-performance”, asociado con Joe Staten Bain, quien fue prácticamente el inventor de todo esto, que estudiaba fenómenos de mercados oligopólicos, y cuestiones que iban desde la discriminación de los precios hasta comportamientos colusivos, predatorios, fusiones y adquisiciones, entrada de nuevos oferentes, problemas de organización y concentración, etc. Es una microeconomía muy basada en mercados.

¿Qué pasó? Lo que ocurrió fue que en la década de 1980 se levantó una ola gigante, que fue la teoría de los juegos y la de la información, que se resumió en el libro que Jean Tirole publicó en 1988. Este enfoque generó una estructura teórica mucho más avanzada y formal, que la de la vieja economía industrial. Como siempre ocurre, con ganancias y pérdidas.

La ganancia vino con el formato que teoría de los juegos y teoría de la información brindaba y que permitía no sólo modelar más rigurosamente decisiones y equilibrio en mercados con agentes que interactúan, sino que también permitía entender cosas que la vieja economía industrial tomaba como dadas, tales como la concentración de mercado y el número de firmas en el equilibrio, para dar un ejemplo. El nuevo formato cambió radicalmente la forma de estudiar e investigar en el campo y yo vine a Oxford con una microeconomía y me fui con otra muy distinta, viviendo la mutación que estaba ocurriendo en el preciso momento que ocurría.

La pérdida se reflejó en la desaparición del contenido empírico. La gente de la vieja economía industrial no sólo hacía análisis sino que conocía al dedillo la estructura de la industria, y los números de la realidad. En los libros modernos de organización industrial es difícil encontrar alguna parte empírica; y si se la encuentra sólo está al servicio de los modelos. Esto volvió a cambiar en los últimos 10 años, ahora se trabaja en Organización Industrial Empírica, pero no es un regreso al conocimiento empírico-sectorial de la vieja economía industrial, es algo sólo al servicio de los modelos. En mi caso, no obstante haber hecho teoría económica, por ejemplo, en mi tesis de Oxford, siempre me radiqué en el campo del análisis económico aplicado. Donde se construyen modelos, pero hay que contrastarlos. Eso me gusta mucho.

Ahora se está abriendo un nuevo tiempo de cambio para la Organización Industrial y yo diría para toda la microeconomía, en la que las bases axiomáticas de la teoría de la elección racional van a ser reemplazadas por modelos de comportamiento y racionalidad limitada. Es un gran cambio que viene de la mano de avances notables en la psicología científica experimental y en otros campos del conocimiento. Todavía no se ha generalizado como lo fue en el caso del libro de Tirole de 1988, pero va a llegar.

¿Cuál es tu método de enseñanza?

El método que utilizo está muy en la línea de la formación que recibí Rigurosa, con la que arrancaron Diéguez y Nuñez Miñana en La Plata. La metodología copia el libro que escribieron Diéguez y Porto (Problemas de microeconomía, Amorrortu, 1972), más el salto cualitativo que hice cuando fui a Oxford y descubrí el recién salido libro **de** Análisis Microeconómico de Hal Varian, mi gran inspirador, y por supuesto más tarde el libro de Tirole, y a partir de ahí enseñé teoría sobre la base de los modelos microeconómicos, la motivación empírica y muy pegados los ejercicios. Teoría-ejercicios, teoría-ejercicios.

Cuando tengo que ir a cuestiones más empíricas, por ejemplo, fusiones, como los casos de Arcor-Bagley, Quilmes-Brahma, Arcor-La Campañola, Multicanal-Cablevisión, etc., luego de analizar los modelos le presto atención a los datos.

Te escucho exponer e intervenir, en la Academia Nacional de Ciencias Económicas, y ciertamente que todo lo que decís es muy jugoso, pero exponés con un estilo muy denso. ¿Tus alumnos entienden algo de lo que decís?

(Risas). Yo soy denso por formación. Trato de separar el lenguaje académico del coloquial, el que utilizo cuando hablo con mis amigos de la infancia y juventud de rugby, del Club Los Tilos de La Plata, con mis parientes, o cuando voy a la cancha a ver a Gimnasia y Esgrima. Lo que

pasa es que vos y yo interactuamos en un ámbito donde se definen reglas de procedimiento y ahí trato de ser compacto, de volverme parsimonioso y por ahí a veces resulta esquemático y denso. Pero no creo ser más denso que otros. Con los alumnos trato de explicarme mejor, pero es un tema, es cierto.

¿Cuánto hace que trabajás en FIEL?

22 años.

¿Cuál es tu tarea?

Hago análisis económico aplicado. Micro y macro también.

Pero vos sos sinónimo de economía de la energía.

Tengo el enorme privilegio de estar aquí [en FIEL, donde se desarrolló la conversación] con vos, en una institución que durante mucho tiempo también fue tu casa. De las 4 letras que componen la sigla quiero destacar la segunda y la tercera: la “I” significa investigación y la “E” económicas. Yo hago honor a ello. Aquí encontré una familia, pude crecer, terminar de completarme académica y profesionalmente, casi un milagro porque estamos fuera de la universidad. Esto para mí fue una experiencia única.

En 1994 la CEPAL me estaba trasladando a México, como consecuencia de una reestructuración. En una palabra, me estaban “rajando”. Como te rajan los organismos internacionales, donde no te vas a la calle sino que te trasladan lleno de títulos. “Mirá Fernando, vas a ser economista principal de la subse de México de la CEPAL, con supervisión de 10 países, un salto fundamental en tu vida. Vas a estar 4 años en México, quizás 6, y de ahí vas a saltar a una División, basado en Santiago de Chile. Tus padrinos son estos y estos, con nosotros vas a estar bien”.

Y ahí apareció nuevamente Hildegart Ahumada, y definió todo.

Como corresponde.

Ella también tenía la posibilidad de radicarse en México, porque luego de trabajar durante varios años en el Banco Central había recibido una oferta para enseñar en el Centro de Estudios Monetarios y Bancarios (CEMLA), pero decidimos quedarnos a trabajar en Argentina.

¿Qué pasó? Se abrió una oportunidad, porque estaban buscando un economista especializado en energía, y yo tenía bastante experiencia en gas y electricidad, en base a mis trabajos anteriores, desde la tesis doctoral misma; y con Porto habíamos trabajado mucho en la Sindicatura de Empresas Públicas. Se trataba de un mega proyecto que José (“Pepe”) Estenssoro, titular de YPF, le había encargado a FIEL, un proyecto que iba a durar un año y medio.

Me hicieron responsable del análisis de la demanda de energía. Era todo modelos, eso era lo que querían. Trabajábamos ingenieros, matemáticos y economistas. Otro de los módulos estuvo

a cargo de Omar Chisari. Encima de mí y de Omar, como coordinador general trabajaba Enrique Bour, que fue quien me propuso para que yo me incorporara. Me recibieron con los brazos abiertos, tanto Daniel Artana como Juan Luis Bour y por supuesto Ricardo López Murphy. Y al año y medio ya era Economista Jefe de FIEL. Me hicieron socio casi de entrada, nunca lo voy a olvidar.

Convertirme en economista de la energía no constituyó un desafío porque yo estaba preparado para hacer análisis económico todo terreno y econometría aplicada también. Comencé en aquel entonces y no paré de trabajar y escribir.

A FIEL se lo puede acusar de trabajar de “abogado” de determinadas posiciones.

Nosotros no hacemos recomendaciones, en el sentido de salir a vender posiciones sectoriales. Hacemos análisis económico independiente, y en ese rol actuamos sin ninguna clase de problema. Nunca hemos defendido intereses, más bien hemos pagado caro por defender los nuestros. Una de las entidades fundadoras de FIEL (la Unión Industrial Argentina) se retiró en 1990, porque nosotros fuimos consecuentes con –perdón por resultar “denso”- el vector de precios que tiene que existir en la economía. Lo cual tiene implicancias sobre el grado de apertura, el comercio internacional, etc.

Con la frente muy alta fuimos muy claros aún en los momentos más difíciles de los últimos 12 años, definiéndonos como economistas de mercado, que creemos en el mecanismo de los precios y en una muy buena interacción entre las políticas públicas y el sector privado.

Lo que sí existe es la posibilidad de que nos llamen para actuar como testigos expertos, para asesorar en problemas contractuales, en acuerdos celebrados entre privados. Por cuestiones estatutarias, y porque somos una fundación, no hemos tomado ninguno de los casos del Centro Internacional de Arreglo de Diferencias referidas a Inversiones (CIADI); pero hemos trabajado mucho en una tarea a la que se dedican los más exitosos microeconomistas de Estados Unidos, como la cuestión de fusiones y adquisiciones, o conflictos regulatorios.

Lo hemos hecho para gobiernos, varias veces. Ejemplo: en 2000 ganamos una licitación internacional y yo armé un equipo internacional, con expertos del Reino Unido y también de aquí, para hacerle la revisión metodológica al ENARGAS, destinada a encarar la revisión tarifaria.

Jean Tirole y Jean Jacques Marcel Laffont revolucionaron la teoría de la regulación, mostrando que la regulación verdaderamente útil es específica, que las reglas generales a veces solucionan problemas y a veces los crean o los agigantan. ¿Los argentinos tenemos alguna idiosincracia específica, por lo cual lo que uno aprende en Estados Unidos, o Inglaterra, no lo puede trasplantar aquí?

Nuestra idiosincracia refleja lo endeble de nuestras instituciones. Las políticas están debajo de las instituciones, y los instrumentos están debajo de las políticas. No puede haber buen manejo instrumental en ausencia de políticas, y tampoco podés tener buenas políticas en ausencia de instituciones.

Acá el problema es siempre el mismo: no podemos lograr una densidad institucional tal, que permita establecer el contexto dentro del cual se van a discutir las cosas. Gran parte del “ruido” que tenemos es esta inestabilidad, derivada de no haber hecho pie con instituciones sólidas.

En un par de décadas pasamos de una economía de mercado a otra completamente dirigista; las consecuencias las estamos pagando ahora. Es tal el desgaste que hemos tenido, que estamos teniendo un problema tarifario que sin ninguna duda tiene un costado de diseño tarifario, pero que en rigor es un problema institucional. Porque estamos discutiendo en qué marco institucional se deberían haber aumentado las tarifas, si celebrando previamente audiencias públicas o no. La verdad es que se está dando una interpretación particular, donde lo que ha quedado poco claro es cómo vos resucitás un marco nominal institucional en medio de esta situación, y lo ponés en funcionamiento.

En ese “resucitar”, ¿hay idoneidad en entes regulatorios como el ENARGAS y el ENRE, para volverlos a poner en funcionamiento?

Necesitamos 200 doctores en el sector público, en distintas esferas: ingeniería, management (mucho), y necesitamos 50 doctores en economía. Yo hubiera hecho, a la Domingo Faustino Sarmiento, una operación de esa naturaleza ahora. Es verdad que convencer a gente que está en el exterior, que queme las naves allá para retornar al país, es más difícil que convencer a los argentinos que traigan la plata que tienen en el exterior. Aunque, básicamente, es la misma decisión. Hay capital humano, pero está tremendamente debilitado en los entes reguladores, así como hay que recomponerlo en el sector público.

¿Dónde veo un salto cualitativo muy significativo? En la oficina encargada de la defensa de la competencia. Volviendo a armar lo que tendría que ser un equipo de análisis económico, a la altura de las circunstancias.

Vos sos miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas. ¿Qué creés que debería estar haciendo la ANCE, y qué es lo que está haciendo?

Primero un punto personal. Me duele escuchar a colegas que completaron sus estudios en el exterior, y luego dicen que su paso por la universidad de La Plata fue olvidable. En la ANCE me siento muy bien, porque me junto con personas que escuché y admiré durante tanto tiempo.

La Academia está haciendo honor a sus estatutos, de manera muy elocuente, difundiendo y promoviendo la ciencia económica, en sus distintas ramas. Por una parte existe una actividad intensa premiando, estimulando y generando nexos o redes, armando seminarios internos. La Academia no tiene una masa crítica como para dar el siguiente paso, en 2 direcciones.

Una es tener más investigación que se desarrolla dentro de sus instalaciones, lo cual no necesariamente quiere decir duplicar investigaciones que se llevan a cabo en las universidades. Deberíamos aportar, con la gran experiencia que tienen sus miembros, proveyendo un marco para plantear la previsibilidad de gran cantidad de temas relevantes en economía; tanto de análisis como de teoría.

La otra es desarrollar un Think tank (equipo de pensamiento), que debería expresarse sobre muchas cuestiones. No tener miedo para, de manera independiente, decir qué piensa sobre el estado de las universidades. Ejemplo, si como están siendo gobernadas, pueden encauzar sus recursos para que los estudiantes puedan conectarse correctamente con el siglo XXI. Cosa que están haciendo las mejores universidades del mundo.

La Academia debería plantear cuáles son las preguntas, cuál es el foro de discusión de las mismas, hacia dónde tiene que ir la universidad, quién se está hoy haciendo esa pregunta, cómo le está llegando la respuesta a las autoridades, etc.

Desde noviembre de 2016 te vas a convertir en el “zar” de la Asociación Argentina de Economía Política. ¿Con qué ideas arrancarás tu presidencia?

La AAEP tiene una estructura colegiada, con un proceso decisorio muy consensuado con los centros de investigación económica. Yo seguí el método [Julio Hipólito Guillermo] Olivera. Hildegart (como ex presidente de la AAEP) tiene los 20 artículos [del estatuto] y me toma examen, para ver si sé lo que dice cada artículo, de manera que lo tengo que aprender de memoria.

Los artículos son muy simples, señalan de manera muy clara lo que tengo que hacer, todo gira alrededor de la reunión anual y de la sinergia que significa dicha reunión anual. A mí me gustaría levantar el nivel de la reunión, y aumentar de manera significativa el número de socios. Me preocupa el hecho de que se levanten paredes y la gente joven no venga a las reuniones; que aparezcan competidores, y ser flexibles al promover cada una de las actividades que desarrollamos. Probablemente haya que organizar eventos fuera de la reunión anual, que movilicen la discusión. A mí me gustaría que se desarrollara alguna “escuelita de verano”.

Pero recordemos que también está el artículo 19, que posibilita que la AAEP pueda organizar eventos, para juntar fondos. Eso se hizo y tenemos que volver a ello.

Fernando, muchas gracias.

A vos.